

1

El barón Lacroix
(8 al 14 de agosto de 1936)

Mil silencios ensordecedores estallaron en las profundidades de sí mismo cuando su cabeza estalló contra la corriente. Luego, durante la agónica travesía, las aguas se encargaron de desollar aquel talle diminuto, un cándido cuerpecito de ocho primaveras, despojándolo, a cada golpe de río, de traje, zapatos, gorra y tren de hojalata (todas sus posesiones), y empujándolo a una danza sinuosa sin fin entre la vida, la muerte y los blandos remolinos que esconde el líquido elemento. La cascada, burbujeante y ominosa, le esperaba al final del camino.

Navegó. Se precipitó violentamente a las entrañas de acero que esconde el índigo abismo y emergió (o fue regurgitado) lejos, donde el sol brilla y reseca las almas... Muy lejos, lejos de las gélidas estancias donde moran los demonios de la muerte, tan lejos que los demonios ya no podrían volver a alcanzarle, pues renacía para ser instrumento de esos mismos demonios o de íncubos o de arlequines con el rostro entintado para hacer reír a los niños, mas con boca, ojos y mente devoradores, protervos, incansables en su maldad: órganos propios de Luzbel o del mismo Dios.

Fue aquel niño una piedra lanzada al curso del río, una piedra que se fundió con él e hizo de ese curso su pro-

pio camino de tortura y liberación. Al cabo fue izada, como dormida en la mano de perversos titanes, y dejada a su suerte, desnuda e indefensa, con la piel lacerada y cubierta de golpes, mientras la llama que corre de oeste a este le devoraba la poca cordura que los hados le habían dejado. Pero los hados nada sabían de aquella piedra y, olvidada hasta por ellos, en manos del más terrible de los seres, un niño enloqueció. Y los niños no deberían ser tratados como objetos inanimados ni siquiera por los dioses, aunque hubieran nacido piedras, títeres o pequeños guijarros.

Esto es lo único que no sabía el dueño de la cascada, el *boccor*, el brujo vuduista que se había valido de la magia negra para capturar el alma de aquel niño y entregarlo a las fauces de la eterna lucha entre el bien y el mal.

El Sacaúntos silba su tonadilla. No tiene prisa: el tiempo juega a su favor. Siempre juega a su favor. Para los hombres, el monstruo es una leyenda, un cuento de niños, una forma de atemorizar a esos mocosos maleducados cuando no se terminan la cena, no quieren irse a dormir o se obcecan en aquella última travesura que tanto importuna a sus progenitores. ¡Va a venir a buscarte el Hombre del saco!, les advierten, les amonestan. Y el niño ríe si es listo, llora si es crédulo, les devuelve una mirada indiferente si ya no es tan niño. Oh, dioses, esa es la verdad. Ya no asustas a nadie Sacamantecas, Sacaúntos, Hombre del saco, Tío del sebo, Hombre del unto, Ensundiero, Mantequero, Saginer... No puedes esconderte detrás de todos esos nombres. Nadie cree en ti. ¡No eres nadie! Vas a desaparecer en el olvido si es que no lo has hecho ya en la penumbra de noches interminables junto a esa hoguera moribunda. Las historias que hablan de ti no atemorizarían ni al más necio de entre los necios. ¡Estás muerto, Sacaúntos!

Hoy, los españoles tienen otras cosas de las que preocuparse, cosas mucho más terribles que los cuentos de viejas que hablan del Hombre del saco. Una guerra civil entre hermanos acaba de estallar. Los ejércitos nacional y republicano (que en su seno acoge a diversas facciones, a menudo enfrentadas) están luchando en un amplio frente que converge tozudamente hacia la capital. Sin embargo, si fueran un poco más inteligentes y acertaran a reflexionar, se darían cuenta de que precisamente allí, en la cascada que custodia el Sacaúntos, está el origen de todo. Allí, en un pequeño pueblo llamado Villanueva del Alcázar. Un lugar a medio camino de Toledo y Madrid, muy cerca de donde pronto se estrechará la línea del frente. Estamos en plena ofensiva nacional, encabezada por las tropas coloniales, recién llegadas de África de la mano del general Francisco Franco. Dirigen el ataque, aparte del mismo Franco, otros generales ultraconservadores, monárquicos o falangistas (nostalgias de la España imperial que tantos años atrás desapareció), como Queipo de Llano o Mola; todavía no hay un líder indiscutible que los comande. En la defensa, encadenando desastre tras desastre, las tropas gubernamentales, con José Giral, jefe del Gobierno, al frente. Este acaba de armar al pueblo, a las masas descontentas, anarquistas o socialistas, a las que tanto temen las derechas y a las que han puesto como excusa para dar un golpe de Estado.

Tan embebidos están los hombres en sus querellas que no miran donde deben mirar y es como si caminaran ciegos por los caminos de la tierra. Varios grupos de milicianos acaban de pasar a escasamente un kilómetro de Villanueva del Alcázar y solo han visto unas pocas casas medio derruidas por efecto de los bombardeos y a unas mujeres demacradas, de aspecto sombrío, que llevaban niños llorosos en los brazos; niños portadores de uno, dos o hasta tres lunares bajo las

axilas. No había hombres: los hombres están muriendo en las filas de uno u otro bando. Ni siquiera han reparado en el río, que se alejaba sinuoso ladera abajo, o en la cascada, muy al fondo, escondida entre los árboles.

Y deberían haberlo hecho... porque sobre el contorno de la cascada, ha sido construido un *arbre reposoir*, el gran lazareto donde se guardan las almas de todos los zombis.

Porque la cascada es un lugar engañoso, donde se reflejan todos los espejos.

Y hoy, una vez más, un niño ha vuelto a desaparecer en Villanueva: lo devoraron las aguas, pero eso solo lo sabe el Sacaúntos. Así pues, el tiempo, que ha jugado a menudo en su contra, vuelve a jugar ya de forma definitiva a su favor; por eso la bestia no tiene prisa y silba indolente su tonadilla. Sí, incluso podríamos imaginarlo bailando al son de esa música oscura que se oye en su cabeza: se trata de un sonido de tambores y campanas metálicas, rítmico, repetido, solo roto por la voz potente de la *hounguenikon*, que canta la tonada de cada uno de los *guedé*, los espíritus de los muertos.

Enfebrecido de recuerdos, baila el Sacaúntos al son de la angustia de las buenas gentes del pueblo, que se afanan inútilmente buscando al niño Gustavo, de apenas ocho años.

Sí, las buenas mujeres buscan al niño desaparecido, en medio de la guerra, del sonido de las bombas, del avance interminable de los milicianos hacia el frente sur. Todo el mundo busca a su presa. Pero ellos no saben rastrear sus pasos, buscan en la tierra cuando la presa está atrapada en el agua, buscan en las vidriosas y limitadas paredes del presente cuando deberían asomarse a las simas del pasado o a ese oscuro (por cavernoso) futuro. El Sacaúntos ríe, y su risa espanta a los pájaros.

Después de coger carrerilla, el Sacaúntos da una voltereta, gira y gira mágicamente y asciende hasta una rama

gruesa de ese árbol que no parece tener final. Se ha elevado mucho, treinta o cuarenta metros quizás, y desde allí otea el horizonte. El Sacaúntos es la viva imagen de un muerto preparado para la sepultura, según los ritos vudú haitianos: lleva un sombrero alto de fieltro, tapones de algodón en la nariz, unos pantalones raídos y un esmoquin negro, sucio de sangre reseca; también acarrea un enorme costal al hombro, naturalmente, de lo contrario no haría justicia a su condición de Hombre del saco. La cara es blanca, teñida con los potingues de la farándula, y en ella destacan unos ojos profundos, completamente negros, iris y pupila, solo una obertura ponzoñosa, una sima de oscuridad. En la mano derecha sostiene un largo bastón nacarado cuya empuñadura asemeja una serpiente que se retuerce como la hiedra en torno a la muñeca de su amo. En la otra mano lleva el saco, un saco repleto de unto, de la grasa del estómago de sus pequeñas víctimas, a las que el brujo destripa o destripará (es cosa sabida que eso de los tiempos verbales se complica lo suyo en esta tierra que los demonios llaman Villanueva).

— ¿Dónde estás, mi niño?

Hay una forma enredada en las plantas informes del margen del río (el Sacaúntos no sabe nada de plantas, así que en su mundo los organismos vegetales no son de ninguna especie y podrían ser de cualquiera). Nuestro héroe descubre a su presa y salta del interminable poste de madera que antes llamamos árbol (nada sabe de árboles, así que en su mundo el bosque es una simple amalgama de pilares de madera, más o menos largos, más o menos anchos. Las hojas le habrían estorbado en su función de atalaya, por lo que este ¿árbol? lo ha imaginado sin hojas).

— ¡Uuuuyyy!

Ya ha saltado. Planea..., está planeando. Una gaviota (¿qué hace una gaviota en el bosque?) mira embobada aque-

lla ave en esmoquin que surca junto a ella las alturas y se desvía luego bruscamente, remontando el vuelo.

—¡Uuuuyyy!

Gustavo sangra por la nariz, por los oídos, tiene muchas costillas rotas, tal vez un hombro dislocado..., pero el Sacaúntos no tiene bastante. El ojo derecho del pequeño aparece enrojecido, tumefacto; una fea costra comienza a formarse pudriéndose bajo el calor del atardecer..., pero el Sacaúntos no tiene aún bastante. Hurga con su cayado en las heridas del moribundo y tal vez sonría. Sí, sonrío, sonrío por su boca de payaso.

—¿Duele? ¿Duele? ¿Mi niño?

La presa solloza mientras el bastón rompe, horada sin descanso sus heridas.

—¿Duele? ¿Duele?

El niño, como un Cristo hiperbólico, yace atrapado por las manos y los pies, los miembros estirados en cruz, la mirada fija en el ciego resplandor que le guiña desde las alturas. El niño solloza:

—¡Por favor! —extenuado—. ¡Por favor! —suplicante—. ¡Por favoor! —dolor, dolor, dolor—. ¡Poor favoor...! —gimoteante.

Las enredaderas juegan a enredar, a enredarse en torno a la presa. El follaje de ciertos oníricos vegetales, monstruosos brazos de un verdor casi obscuro, han penetrado como raíces en la tierra mojada y han abandonado el margen del río para adentrarse hasta la primera línea de las aguas. Allí han rescatado a la bamboleante presa de una muerte cierta para llevarle al martirio de la no-existencia. Como una tela de araña, el follaje ciñe a la presa por la cintura y se tuerce al compás del chasquear intermitente de los dedos del Sacaúntos. El niño solloza:

—Por favor. ¡Por favor, señor! Me llamo Gustavo. Mis padres viven en la calle Sendra número siete, aquí mismo, en Villanueva. ¡Ayúdeme! Vaya a buscarlos, señor. Por Dios se lo pido.

—No puedo, muchacho. Ya es demasiado tarde. Respiraste el polvo del brujo y ya nadie puede salvarte. —El Sacaúntos parece arrepentido, triste, avergonzado, y gira la cabeza.

Gustavo, todavía cegado por el sol, guiña su único ojo sano, tratando de verle mejor. Reconoce sus vestiduras, ve el costal en su hombro. Todos los niños han oído hablar de él.

—¿Eres el Hombre del saco? ¿Vas a matarme para sacarme la grasa de la barriga?

Solo un niño podría preguntar con esa naturalidad algo semejante. Tal vez está tan cansado, tan aterrorizado, que ya ni la muerte o la tortura pueden asustarle más que el presente de pesadilla que le tiene atrapado. Pero el Sacaúntos niega con la cabeza.

—No soy el Hombre del saco. Las gentes de este país me llamaron con ese nombre cuando el brujo me trajo de la muerte a la vida, hace ya más de treinta años. Me valgo de vuestra vieja leyenda del Sacaúntos para pasar desapercibido. En realidad, soy el baron Lacroix, el primer muerto de este cementerio. ¿Ves todas las demás almas? —El Sacaúntos estira el brazo hacia el este.

«Barón Lacroix», piensa Gustavo, pero jamás ha oído aquella expresión y no le dice nada. Sigue con la vista el rumbo que le señala la mano extendida de su torturador y entonces descubre que no está solo. Cada pocos metros, a ambos lados del río, yace el cuerpo de un reo de aquella cárcel infinita cuyos barrotes nacen de entre los remolinos de agua de la cascada. Atrapados por las enredaderas hay centenares, ¡miles!, de almas, con el rostro quemado por el

sol, en silencio por toda la eternidad. Muchos van vestidos de soldados y estiran los brazos: abren y cierran espasmódicos el dedo corazón, como si apretasen el gatillo de armas imaginarias.

— Son zombis, mi querido niño: muertos vivientes. En el mundo real se mueven, hablan y creen ser libres para matarse los unos a los otros en vuestra preciosa guerra española. Pero sus almas están aquí, y el brujo dispone de su voluntad como del aire que ahora respiramos.

— ¿Están vivos o muertos? — pregunta Gustavo. Y entonces calla, porque sabe que muy pronto él también será uno de ellos. Duda. Traga saliva. No espera una respuesta —. ¿Por qué? — se atreve a añadir y rompe a llorar, porque es un niño, y todavía le quedan lágrimas donde refugiarse.

No hay nada más que hablar. Explicar lo que no puede ser entendido por alguien tan joven solo retrasaría lo inevitable. Así que el monstruo de blanca máscara, el clown eterno, el contador de cuentos, Hombre del saco, Sacaúntos, Sacamantecas o barón Lacroix, da igual cómo se llame, alza frío y majestuoso su vara de marfil y la hace caer una y otra vez sobre la frente del niño, de la presa, de la piedra lanzada al curso del río para cumplir su aciago destino.

— Ahora eres un *mort-vivant*. ¡Un zombi, mi querido niño! Te han arrebatado el alma y debo enseñarte a obedecer, y luego a soslayar toda forma de obediencia, antes de regresar al mundo de los vivos como esclavo del *boccor*, el brujo, nuestro amo y señor.

Los alaridos del niño podrían despertar a los muertos, pero no pueden ser oídos en la vigilia de los vivos. El Sacaúntos termina su ingrata tarea cuando la cabeza de su adversario se ha convertido finalmente en pulpa y a los gritos les sucede un vasto silencio. Se acerca chapoteando hasta su presa y le arranca ansioso sus ligaduras. ¡Respira! Cogido

en brazos, Gustavo se eleva suspendido en el aire entre las manos del Sacaúntos, y juntos caminan sobre las copas de los árboles.

—Tu sacrificio no será en vano, pequeño, te daré un lugar a mi diestra en los infiernos.

Pero Gustavo ya no puede escucharle. Está dormido, se está extinguiendo, o casi... porque sobrevivirá. Varios pedazos de su masa encefálica han quedado adheridos al bastón de su torturador y ensucian de sangre nueva la sangre vieja del esmoquin del Sacaúntos. No temáis, parte de la cordura del niño sobrevivirá para un día enfrentarse por última vez a aquel que quiere devorarnos a todos con una gran dentellada.

—¡Mi niño! ¡Perdóname! Era necesario ¿Lo entiendes? ¡Era tan necesario...!

Y entonces la bestia comprende el porqué de su dolor, de sus remordimientos. De pronto, se ha acordado de sí mismo, del día que comenzó todo, cuando el brujo le asesinó y le convirtió en el barón Lacroix, ese monstruo al que los hombres llaman Sacaúntos u Hombre del saco.

—¡Maldito seas, *boccor!* ¡Maldito seas un millón de veces! ¡Maldito seas por obligarme a destruir el espíritu de otro niño!

Inmerso en un huidizo lapso de arrepentimiento, al Sacaúntos se le iluminan los ojos y dos lágrimas esculpen sendos hilillos de carne, que se escurren por su rostro teñido de blanco.

Y los recuerdos brotan a borbotones. Mientras, al sur, los cañones de los soldados nacionales percuten sobre Mérida y Badajoz. El camino de los rebeldes hacia Madrid se está despejando y, entretanto, se escribe el destino de un pueblo. Como siempre, se escribirá con sangre. Pero, esta vez, será con sangre... y zombis.

El primer zombi (1903)

1.

Los arenales de la playa de Covas se abrían al horizonte, pendiendo de sombras, en la primera hora del crepúsculo. ¡Virgen Santísima!, musitó para sus adentros el teniente Matías Gutiérrez del Castillo, atalaya improvisado sobre un montículo de rocas. Pero no dijo nada y se mantuvo en silencio, solemne, como las piedras que le envolvían. Era don Matías un hombre delgado, de poblado bigote y gesto imperturbable de aristócrata venido a menos: uno de esos con aspecto de estar acostumbrado a dar órdenes y a asumir blandamente sus consecuencias. La imagen viva de aquellos hidalgos españoles del pasado. A su lado, el señor Óscar Sabés tiritaba de frío, con una mano convulsa extendida hacia poniente.

—¿Ves bien lo que está pasando?

De entre el rumor infinito del océano, se elevaba el rumor de los pescadores, con el trajín de las redes y los aparejos, atrayendo, como por ensalmo, susurros que vienen y se van con el oleaje.

—Es el cadáver de Ambrose. Lo sé. —La voz de Óscar sonó rota, lejana, de ultratumba, como si fuese la del propio ahogado que contemplaban, recién llegado a la costa arrastrado por la marea.

Matías envolvió a su compañero en una mirada hosca, casi felina.

—Primero debemos estar seguros.

No tardaron mucho los hombres de mar en desenredar el cuerpo. Había muerto diez o doce horas atrás, a juzgar por su estado, murmuraban sus rescatadores, acostumbrados a hallar entre sus redes los despojos de las fechorías de otros. El cadáver apareció de etiqueta, tocado con un torcido sombrero de ala ancha, grave y señorial, con una pareja de cangrejos cogiéndose divertida de sus labios.

—Por eso no vino a la reunión. Dormía con los peces —sentenció Matías, entre sardónico e indiferente.

Así era. Ambrose Farquhar, el tercero de los miembros de su grupo, debería haberse reunido con ellos al mediodía, en Serantes, desde donde habrían inspeccionado la carretera hasta Covas y luego la desviación hacia la ermita de Nuestra Señora del Nordeste. No querían que nada quedase al azar para el día del encuentro. Pero su compañero, tan puntilloso con los horarios, la planificación, el estudio del terreno... no había aparecido. Entonces supieron que algo iba verdaderamente mal.

—Deberíamos dejarlo estar y olvidarnos de todo este asunto. Farquhar ha muerto. Es un mal augurio que no podemos desdeñar —dijo Óscar, temblando de pies a cabeza.

—¿Dejarlo estar? ¿Abandonar nuestro plan, quieres decir? Debes de estar de broma.

Óscar miraba al suelo, con rabia contenida. Nada era tan importante como la vida. El vudú era una religión de vida y él sabía respetar sus mandamientos. Le habían enseñado que nada merecía el sacrificio de un alma humana. La muerte de su amigo no tendría que haber sucedido.

—No estoy de broma. ¿Cómo ha podido pasarnos una cosa como esta?

— Yo tampoco entiendo qué puede haber fallado. Nadie sabía que habíamos venido. — Matías hizo una pausa, como si reflexionase—. Pero, de todas formas, nada ha cambiado. Tenemos que seguir con la misión.

— Tal vez deberíamos intentarlo en otro lugar. ¿Qué te parece Portugal? Allí nadie nos conoce. O en otro país europeo, si lo prefieres así.

Óscar Sabés era un hombre apocado, de no muchos más de veinticinco años. La cara se le contraía constantemente en movimientos nerviosos. No era ni rubio ni moreno, aunque según la intensidad de la luz podía parecer una cosa u otra. Vestía un buen traje pero lo llevaba arrugado y sin almidonar. Era una de esas personas que, después de cruzarte con ellas en el camino de la vida, olvidas por completo. Tal vez por eso le había elegido Matías.

— No seas estúpido — dijo este, adoptando un tono de voz suave, conciliador y dejando caer una mano en el hombro de su amigo—. Ya no hay marcha atrás. Hemos venido aquí con un propósito bien definido y no para echarnos atrás al primer pequeño inconveniente que se nos presenta.

Óscar asintió, aunque todavía dubitativo. En realidad, los dos sabían desde el principio que venían a cambiar el destino de una gran nación como la española, tal vez de un continente. No eran tan inocentes para ignorar que habría alguna dificultad, pero ¿tan pronto? Óscar se quedó pensando en lo que diría el muerto de todo aquello si pudiera, si también lo consideraría una dificultad pasajera o, como decía Matías, un «pequeño inconveniente».

— Ambrose no era ningún tonto. No se habría dejado coger desprevenido. Quien lo mató debía de saber muy bien lo que se hacía.

Matías no tuvo fuerzas para rebatir a su amigo. Además, estaba en lo cierto.

—Nos enfrentamos a un enemigo inesperado y poderoso. Eso otorgará un mayor valor a nuestra victoria —dijo, como si quisiera darse ánimos a sí mismo.

—Yo he sentido la presencia de un mago joven, de un aprendiz. No de un enemigo con un poder como el que se habría necesitado para matar a Ambrose.

—Tal vez le cogió desprevenido ese *pa-for* del que hablas.

Pa-for. Con aquel término que Matías había pronunciado, se designaba a los oficiantes del vudú que aún no tenían el conocimiento suficiente de su oficio para completar todos los rituales.

—O tal vez no sea un *pa-for*. Tal vez quiere hacernos creer que es solo un principiante para confundirnos —concluyó Óscar.

Cabizbajos, con sendos rostros mortecinos apenas iluminados por una luna esquiva de tormenta, Óscar y Matías regresaron a la carretera, vagaron silenciosos entre pinares y cogieron su carro de regreso a Serantes, donde, en su pensión, les esperaba una larga noche de preparativos.

—¡Arre! —le dijo con desgana Matías a su burro, luego que lo hubieron liberado de sus ataduras y ofrecido una zanahoria. Este les miró de soslayo y echó a andar parsimonioso con la vista fija en el camino, estrecho y sombrío, que se insinuaba ante ellos.

2.

Óscar no consiguió conciliar el sueño aquella noche. Cuando cerraba los ojos veía la faz de Ambrose con los labios abiertos, como si quisiese decirle algo, una confianza capital que no podía, ninguno de ellos, pasar por alto. Pero su interlocutor estaba demasiado lejos; si en verdad trataba de hablarle, lo hacía desde el otro lado de la vida. Al abrir de

nuevo los ojos, seguía viendo a su amigo, en las sombras de la habitación, buscando un espacio para ponerse en contacto con él en los reflejos sinuosos que la luna dibujaba filtrando sus rayos a través de la ventana. Tal vez, por un breve instante, se quedó realmente dormido y entonces soñó o imaginó, que son la misma cosa, a Ambrose subido a una tarima de un puente muy alto. Unos soldados vestidos con antiguos uniformes le custodiaban mientras, a su derecha, un oficial con la mano en alto se preparaba para dar una orden. La escena tenía el aspecto sobreexpuesto e irreal de un mal daguerrotipo, como si fuera una experiencia repetida mil veces, una copia de una copia de una ejecución que no había pasado jamás y se había repetido esas mismas mil veces en las fantasías de otros. Óscar advirtió entonces la soga que pendía del cuello de su amigo, enroscándose en torno a su garganta como una serpiente a su presa.

Y entonces el oficial bajó su mano y los soldados empujaron a Ambrose Farquhar puente abajo. A lo lejos, un búho ululaba.

Despertó Óscar de ese sueño que no era sueño intentando desentrañar su significado. A pesar de su apariencia críptica, no tardó en estar sobre una pista, llámesela intuición, si se prefiere. A toda prisa, se vistió y salió de la habitación que compartía con Matías a toda velocidad. Este dormía, roncando a pierna suelta, ignorante de sus desvelos nocturnos. Mejor, ya le explicaría a la vuelta. Eso, si había alguna cosa que explicar.

Óscar vagó por El Ferrol durante horas, preguntando, sobornando cuando las respuestas eran esquivas, luchando por comprender la muerte de su amigo. Llegó incluso a hablar con el médico que había certificado el óbito. El dinero puede hacer que una persona se vuelva locuaz y colaboradora hasta arrancado del lecho, a las cinco de la mañana. Una hora

después, Óscar había atado ya los suficientes cabos como para saber que la ejecución de Ambrose Farquhar (pues esto y no otra cosa había sucedido) tenía que ver con el vudú y con su misión en España. Y creía saber por qué.

Todo estaba relacionado, naturalmente, con el pasado.

Óscar Sabés había nacido en Haití en 1870. Hijo de un tratante francés de especias, había trabajado junto a su padre hasta que este se arruinó. Luego, siendo todavía un adolescente, aprendió a ganarse la vida en diferentes oficios, fruto la mayoría de la inventiva o la necesidad. Óscar formaba parte de la minoría blanca en un país dominado por negros y mulatos. Sin embargo, él no se sentía atraído por el estilo de vida y las costumbres del hombre blanco europeo. Óscar amaba el arte criollo y antillano, la música nativa y era un ferviente discípulo del vudú. Los ritos vuduistas, en contra de lo que muchos creían, eran una religión... y una religión del bien. De hecho, el objetivo fundamental del vudú era eliminar todo mal en Haití, todas las formas de enfermedad, físicas o de cualquier otro sesgo. En Europa, la mayoría había confundido la espiritualidad de su pueblo con el misticismo o la santería, pero así eran los europeos, que despreciaban todo aquello que no entendían.

El vudú no era algo sencillo, evidente, una religión que mostrase su verdadera cara a primera vista. Había que penetrar en sus misterios y entender su significado. Entonces, con la perspectiva del conocimiento, mostraba la verdad, su misión regeneradora y beatífica.

Y es que a Óscar, al contrario que a los europeos, le gustaba comprender las cosas antes de juzgarlas. Pensaba, acaso con razón, que todos los hombres cultos del otro lado del océano habían alejado de su vida toda forma de misticismo, resultando que no podían advertir un acto de magia ni aun cuando les explotaba delante de la cara. Bueno, todos

no, la excepción que confirma la regla era el capitán Matías Gutiérrez del Castillo.

—¿Dónde estabas? Llevo horas asomado a la ventana, preocupado por tu ausencia. Ya casi había comenzado a pensar..., había llegado a pensar, no sé, un millón de cosas. ¿Cómo has podido irte sin decirme nada?

Mientras elucubraba, hilvanando las hebras de aquel misterio, calle a calle de la ciudad del Ferrol, Óscar había vuelto a su hotel. Ni siquiera se había dado cuenta de ello. Como un zombi, había subido las escaleras y abierto la puerta. «Como un zombi», pensó, esbozando una sonrisa. Pero borró la mueca de su rostro y dijo:

—Dormías. No quise despertarte.

—Pues deberías haberlo hecho. Después de lo que le ha pasado a Ambrose... —Matías no terminó la frase. No hacía falta. Era precisamente la muerte de su amigo la que había puesto en funcionamiento los mecanismos cerebrales de Óscar, la que le había impelido a abandonar la habitación e iniciar sus pesquisas, aunque fuesen preliminares.

Lo que no eran ya preliminares eran sus conclusiones.

—Hay un *boccor* en España. Un brujo —dijo, sin preámbulos, como el que golpea con el puño cerrado en la mandíbula de su adversario.

Pero Matías no acusó el golpe. Sentado en una silla, amartilló su arma, resiguió el cañón y la culata buscando la menor mota de suciedad y examinó por fin el gatillo por delante y por detrás, por arriba y por abajo. Al fin, satisfecho, puso el revólver (un viejo Colt) en su funda y cogió una camisa del armario. Indolente, se la pasó por la cabeza y comenzó a abotonarla.

—Ayer, en la playa, dijiste que pensabas que era un aprendiz.

—Había sentido la presencia de un oficiante joven e inexperto. Por eso no me cuadraba que hubiera podido ase-

sinar a Ambrose. Creo que hay dos, un mago y un aprendiz de sacerdote, una mujer.

Matías enarcó las cejas.

—¿Una mujer? ¿Cómo lo sabes?

—Lo he presentido.

Nadie que crea en el vudú menosprecia el valor de un presentimiento. Óscar Sabés sabía que había una mujer detrás de sus pasos. Pero ella no había matado a su amigo.

—Ayer, cuando vimos a lo lejos el cadáver de Ambrose Farquhar, ya me di cuenta de que había algo que no cuadraba —dijo entonces, hablando muy rápido, como el que libera un torrente en su interior—. Y hoy tuve un sueño, acaso también una premonición. Vi a Ambrose colgando de un puente, a punto de ser lanzado a las aguas por un grupo de soldados.

—¿Y eso qué significa?

—Nada y todo. Mi mente comenzó a atar cabos. Primero muy despacio, pero luego... Luego comencé a ver más claro. Anduve por aquí y por allá y conseguí algo de información. Incluso llegué a interrogar al médico que ha examinado el cadáver.

—Al final conseguirás que nos descubran.

—Eso ahora ya da igual. Tenía que saber de verdad lo que le sucedió. El médico me ha sido de gran ayuda: habían ahorcado a Ambrose como en mi sueño y lo habían arrojado, aún entre los estertores de la muerte, a las aguas. Y me pregunté: ¿Quién perdería el tiempo estrangulando a un hombre con una soga si luego va a sumergirle en las aguas, atado de pies y de manos?

—Eso mismo digo yo.

En calzoncillos y camisa, Matías se puso de costado delante del espejo. El bulto del arma se distinguía cuando movía los brazos al andar. Intentó dar unos pasos moviendo

más la cintura y menos las extremidades. Las piernas en jarras. Ya está.

—Por fin, las piezas encajaron en mi mente —concluyó Óscar—. Un *boccor* está construyendo un *arbre reposoir*.

Óscar se sentó en la cama. Tiritaba de miedo. También de determinación. Extendió una mano temblorosa y cogió de un bolsillo de su chaqueta un pañuelo con el que se sonó ruidosamente. Matías, por su parte, inspiró una larga bocanada de aire. Sabía bien lo que significaba aquello.

—Crees que mataron a Ambrose como un primer paso para construir un árbol sagrado para las almas de los dioses del vudú. Un *arbre reposoir*.

—Sí. Pero en este caso, el *boccor* utilizará las ramas del árbol no para dar cobijo a nuestros dioses sino para atrapar las almas de los difuntos. Quiere crear una legión de zombis a su servicio. La muerte de Ambrose ha sido un primer paso. Creo que él será el primer muerto de su cementerio, su barón Lacroix, su intermediario con el mundo de los espíritus. Se servirá de los conocimientos de Ambrose para convertirle en el guía que necesita del más allá. Lo hará su esclavo y...

Matías hizo un gesto con la mano, interrumpiéndole.

—Divagas, Óscar. ¿Todo eso lo has inferido de un sueño y de la forma en que murió Ambrose? El árbol sagrado se planta en la tierra y Ambrose murió en el mar. No tiene sentido.

—Todo lo contrario. ¿Recuerdas cuando nos conocimos en Port-au-Prince, hace un año? Tú acababas de llegar como agregado comercial de tu país y estabas comenzando a interesarte por el vudú. Ya entonces te dije que la magia negra desvirtúa el bien y lo trastoca. El *boccor* está construyendo el *arbre reposoir* en el agua, las ramas son las plantas acuáticas, las hojas son los peces. Sobre esa superficie casi

infinita podrá atrapar las almas de miles de zombis y luego hacer que sus cuerpos le obedezcan en el mundo real.

Óscar hizo una pausa. Vio por el rabillo del ojo que su amigo, aún incrédulo, buscaba su ropa de calle.

—Recuerda, Matías —prosiguió—, que tú nos convenciste a Ambrose y a mí para venir contigo a Europa, para traer el vudú a tu continente. Ambrose era experto en el vudú africano y yo en el haitiano. Juntos traeríamos la paz y la verdad de nuestra religión a unos países que han perdido el contacto con la magia. Construiríamos un futuro de paz para unos hombres que recobrarán la unión natural del ser humano con la naturaleza. Y en el proceso, dijiste que confiarías en nuestro criterio. —Óscar hizo una pausa. Respiró hondo—. Pues bien, yo te digo que tenemos que marcharnos y hacerlo ahora mismo. ¡El *boccor* puede estar a la vuelta de cualquier esquina, acechándonos!

Los pantalones le quedaban estrechos y el dobladillo de las perneras le arrastraba por el suelo. Matías odiaba la indumentaria que servía el Ejército. Incapaces de vestir a la tropa en condiciones, todas sus carencias salían a la superficie cuando se trataba de conseguir un traje decente para cualquier otra actividad que no fuese saltar entre trincheras y esquirlas de obuses y de metralla. Después de mirarse por última vez en el espejo, se volvió hacia Óscar, tratando de sonreír.

—¿No es un poco cobarde huir sin más ni más? ¿No sería mejor quedarnos y tratar de frenar los planes del *boccor*?

—Por supuesto que no. ¿O acaso bromeas? —A Óscar le resultaba difícil de entender que Matías no hubiese asimilado aún nada de la esencia del vudú en todo aquel tiempo que llevaban juntos—. Ahora que tiene la estructura para comenzar su labor, el brujo buscará gente con conocimientos de nuestra religión para convertirles en esclavos.

Si ya tiene el alma de Ambrose y la utiliza como su barón Lacroix, sin duda buscará la mía para ser el primer zombi de su legión. Mi alma conoce muchos secretos del vudú que él querrá utilizar. El alma de un español anónimo, incluso de un haitiano ignorante que pudiera encontrar en los muelles, no le haría ni remotamente el mismo servicio.

Óscar echó a caminar hacia la puerta de su habitación. No quería hablar más. Tenían que irse sin perder más tiempo. Huir lejos del brujo y poner tierra de por medio. Marchar lejos, lo más lejos posible: al norte de Europa. Pensó que, con suerte, aquel día pasaría en un suspiro y sin mayores sobresaltos. Pero debían partir sin retraso hacia la estación de tren. Luego ya tendrían tiempo de decidir si seguían con su plan de traer el vudú a Europa o se volvían a Haití.

Una voz sonó a su espalda:

—Tengo una duda, Óscar. ¿Cómo puedes ser tan arrogante y a la vez tan estúpido?

No sintió nada en absoluto. Acaso un leve suspiro, un soplo cálido detrás de la nuca. Cuando la bala atravesó su cráneo, abriendo caminos de fuego en sus recuerdos, Óscar Sabés se balanceó como si bailara, golpeando en su giro el dintel de la puerta, y cayó bruscamente hacia atrás, perdido su gesto en un perpetuo mohín de sorpresa.

Matías devolvió el Colt a su funda y regresó al espejo, donde comprobó que no había manchas de sangre en camisa, pantalón ni zapatos.

La vida, pensó, no estaba hecha para aquellos que dudan. Había llegado hasta aquel punto traicionando a sus compañeros tanto como a sí mismo. Ya no importaba la misión. Nunca hubo misión.

—¿Arrogante? —preguntó, de pronto, un tercer interlocutor que, hasta ese momento, había permanecido oculto.

Matías se volvió. El barón Lacroix estaba sentado en el alféizar de la ventana. Sonreía con una mueca estúpida de payaso en su rostro pintado de blanco; un rostro que, apenas unas horas atrás, había sido el de Ambrose Farquhar.

—Óscar era un arrogante y un estúpido, sí —sentenció Matías—. Un arrogante por creer que un brujo le queurría a él como el primer zombi de su mesnada, que sus conocimientos del vudú le harían apetecible a mis ojos. Y un estúpido por no darse cuenta de que yo lo que quiero son esclavos que me sirvan, no capitanes que me cuestionen. Si he soñado con un ejército de zombis que arrasasen este país es porque será un ejército de seres a mi servicio, ovejas a las que manipular, completamente fieles, salvajes y prescindibles.

Lacroix se echó a reír. Pero sus ojos escondían una rabia infinita hacia el hombre que le había asesinado y que ahora poseía su alma.

—Serás un gran *boccor*, mi amo. Enhorabuena.

Entonces, alguien llamó a la puerta, interrumpiendo su conversación. Matías cruzó la habitación con paso seguro.

—¿Sí? ¿Pasa algo?

—He oído un ruido. Me ha parecido un disparo. ¿Todo está bien, señor Gutiérrez?

Era el conserje del hotel. Matías se volvió hacia el cadáver de Óscar, de cuya cabeza comenzaba a manar tanta sangre que corría como un riachuelo por el suelo de la habitación. Pensativo, tardó un instante en responder. Al cabo, abrió una rendija de la puerta.

—No ha sido un disparo. No se preocupe. He descorchado una botella de champán francés y, bueno, ya sabe... Pero tengo un problema. Se me ha caído la botella y está todo perdido. Espero que pueda echarme una mano.

El hombre penetró en el cuarto de puntillas, conteniendo la respiración. Llevaba muchos años en su trabajo y sabía cuándo algo iba realmente mal. La voz tranquilizadora de aquel huésped no había servido para apaciguar aquella sensación de peligro que le dominaba. Sin embargo, todos sus años de experiencia y su cautela no le sirvieron de nada.

—Cómo no, señor Gutiérrez —aceptó el conserje, mientras avanzaba otro poco más hacia el interior. Entonces vio a aquel sujeto estrafalario sentado en la ventana, con medio cuerpo dentro y medio fuera. Luego descubrió el cuerpo de Óscar en el suelo, caído de bruces en un charco de sangre.

—Pero ¿qué demonios...?

El conserje intentó retroceder sobre sus pasos pero no le fue posible. Matías le cerraba el paso. Tenía la mano derecha extendida. Sobre la palma había un polvo parduzco que el *boccor* sopló en dirección a su víctima, cubriéndole la cara, la frente y hasta los ojos, penetrándole por las fosas nasales.

—Ahora vas a iniciar tu transformación, mi pequeño aprendiz de muerto viviente...

Lo último que escuchó aquel pobre hombre, en este lado de la vida, fue la voz del huésped de la habitación 16. El polvo le había inmovilizado y había caído pesadamente al suelo, junto al cadáver de Óscar Sabés. El conserje quiso gritar, pero no pudo; quiso respirar, pero le faltaba el aire; quiso que su corazón latiese más rápido, que le diese fuerzas para resistir, pero este fue apagándose, cada vez latiendo más despacio, hasta convertirse en un compás casi inaudible.

Y entonces regresó la voz de Matías, hablándole al oído, en voz muy baja, para penetrar en sus sueños:

—Los rojos, amigo mío, los rojos te han hecho esto. Ellos quieren destruir España. ¿Me oyes? Quieren acabar

con la monarquía, con la religión, con la burguesía, con la industria de nuestro país y hasta con los buenos trabajadores anónimos como tú. No puedes permitirlo. ¡No podemos permitirlo! Ahora duerme. Pero, cuando despiertes, me ayudarás a acabar con esos malditos rojos. Juntos los venceremos.

—Malditos rojos —balbuceó el conserje, antes de perder por completo las fuerzas y sucumbir a su primera muerte.

Una hora después despertó convertido en el primer zombi del brujo, en la primera de las almas que acabaría amarrada a las plantas del *arbre reposoir*.